



CAPÍTULO PRIMERO

DE LA PENITENCIA QUE Á IMITACIÓN DE BELTENEBROS PRINCIPIÓ
Y NO CONCLUYÓ NUESTRO BUEN CABALLERO D. QUIJOTE

La casualidad quiso que Rocinante tomase por una vereda que en dos por tres los llevó, al través de un montecillo, á un verde y fresco prado por donde corría manso un arroyuelo, después de caer á lo largo de una roca. El sol iba á ponerse tras los montes, y sus últimos rayos, hiriendo horizontalmente los objetos, iluminaban la cima de los árboles. El murmurio del arroyo que en cascaditas espumosas no acaba de desprenderse de la altura; el verde obscuro del pequeño valle donde tal cual silvestre florecilla se yergue sobre su tronco; el susurro de la brisa que está circulando por las ramas; el zumbido de los insectos invisibles que á la caída del sol cantan á su modo los secretos de la naturaleza, todo estaba convidando al recogimiento y la melancolía, y D. Quijote no tuvo que hacer el menor esfuerzo para sentirse profundamente triste.

«Tan grande es mi desventura, ¡oh amigo! — dijo, — que se ha de prolongar más allá de mis días, pues no veo que hacia mí venga doncella ninguna con ninguna carta. Oriana fué menos cruel con Amadís, Onoloria con Lisuarte, Claridiana con el caballero del Febo: convencidas de su error en el negocio de sus celos, mandó cada cual una doncella á sacar á su amante de las asperezas donde estaba consumiéndose. Para mí no hay don-

cella, viuda ni paje que me traiga la cédula de mi perdón, y á semejanza de Tristán de Leonís habré de perder el juicio en estas soledades.» Se apeó en este punto y se quedó inmóvil, apoyado en su lanza, muy persuadido de que un mundo de amor y dolor estaba gravitando sobre él. Contemplóle un buen espacio su escudero; mas viendo que la apasionada criatura se dormía en sus pensamientos, se atrevió á interpelarle de este modo: «¿Así piensa vuesa merced pasar la noche, señor D. Quijote? Si la señora Dulcinea tuviera noticia de este martirio, aún no tan malo; pero atormentarse el jaque mientras la coima está solazándose, sabe el diablo con qué buena pécora, no me parece puesto en razón. Quiérala vuesa merced, mas no hasta perder el hambre ni el sueño; que ellas no lo suelen pasar mal en consideración á nuestras amarguras. Hijos de tus bragas, y bueyes de tus vacas, señor. Del viejo el consejo: oiga vuesa merced el mío, y dejando para mejor ocasión la penitencia, monte á caballo, y vámonos adelante, que tiempo no nos ha de faltar para morir de apasionados mientras hay hembras en el mundo.»

Avínole bien á Sancho que su amo estuviese tan absorto en sus pensamientos, que si oyó la voz maquinalmente, no apreció el sentido de las palabras. Llamarle jaque á él y coima á su angélica soberana, era irreverencia digna de doscientos palos. No respondía el caballero, y seguía pensativo y melancólico, echando ayes de más de la marca y volviendo los ojos á la bóveda celeste. De súbito se tiró sobre Rocinante y se metió por un bosquecillo, mientras el escudero daba de los talones á su jumento, por no quedarse rezagado. No á mucho andar, desembocó en un sitio descubierto, y vió á su señor hacia la margen de un riachuelo, con ese talante alerta y belicoso con que el caballero solía brillar cuando pensaba ser cosa de aventura. «Asombrado estoy, Sancho: ó es alucinación mía, ó por estas orillas sonó poco ha el blando llorar de un niño. Mira por esas malezas si das con una cuna de marfil ó un cestillo de mimbres; que de este modo suelen exponer á las corrientes de las aguas los hijos que las princesas han á furto de sus padres. — Si vuesa

merced oyó ese clamor, diga que es el diablo, respondió Sancho. ¿Qué niño ha de haber por estos despoblados? Haga la Virgen que estos sean otros batanes, ó aquí me acabo de morir de miedo. — ¿Cómo quieres, replicó D. Quijote, que la malicia, la perversidad, la condenación tomen la forma de los ángeles? Angeles son los niños en la tierra: si los años y las tentaciones del mundo no torciesen y corrompiesen su naturaleza, no tendría el hombre necesidad de pensar en otra vida, porque en esta misma gozaría de la gloria. — ¿Y cómo es, volvió Sancho á decir, que vemos al diablo pasar echando fuego por los ojos, saltando y bramando como chivo, ó se nos mete en casa en figura de gato negro, cuando no prefiere ser mono? — Mona es tu cara, lego supersticioso, dijo D. Quijote. Concediendo que Satanás tuviese el poder de entrometerse con nosotros, yo nunca le daría un exterior perfecto, ni él me engañaría con su persona, aunque fuese brujo. Si se presenta de gallardo mancebo, el pie de horqueta no lo puede ocultar; si comparece de fraile, la joroba le denuncia; si viene de niña hermosa, la una oreja le está ardiendo como una ascua. — Y cuando sale de caballero andante, ¿en qué se le conoce, señor?, preguntó Sancho. — De escudero suele salir, bellaco: yo no sé si ahora mismo no lo tengo en mi presencia. De caballero andante no sale ni puede salir: la profesión de los tales caballeros es el amparo de los desvalidos, el socorro de los menesterosos, el remedio de los angustiados, y aquel personaje se ocupa en hacer todo lo contrario. Vé y requiere la espesura de esas cañas, de donde á mi parecer salió el vagido. — ¿Vuesa merced me garantiza de que el Malo no se convierte jamás en persona humana? — Aun cuando por de pronto cargase contigo, respondió D. Quijote, no sería cosa: del quinto infierno te habría yo de sacar, y como el fuego todo lo purifica, bien pudiera ser que te dejaras por allá algunas de tus impertinencias y bellaquerías.»

Habiase apeado Sancho Panza y se puso á cruzarse el pecho con santiguadas enormes. Armado así, empezó á volar la ribera. «¡Hide...tal, y cómo se meneal, gritó al cabo de un rato:

¡no tiene mal rejo el angelote!» Acudió el caballero á las voces, y vió un fresco pimpollo tendido al pie de un arbusto. Negros y grandes eran los ojos del párvulo, y miraban con dulce limpieza, dejando ver tras ellos la pureza de los serafines. «¿Querías que éste fuese el demonio, hombre sin fe ni conciencia?, dijo D. Quijote. Al pecho debe tener una carta que indique su nombre y condición; si bien estas ricas telas nos dan á conocer anticipadamente la real prosapia de este infante.» Y quedándose pensativo un rato, agregó con algún recuerdo caballeresco:

«Tomes este niño, conde,
Y lléveslo á cristianar:
Llamédesle Montesinos,
Montesinos le llamad.»

«Este muchacho debe de pertenecer á una familia de pastores, dijo Sancho, quienes le dejaron aquí dormido mientras recogen las ovejas. — ¡La oveja eres tú!, respondió su amo encolerizándose manifiestamente. Si supieras cómo pasan las cosas en el mundo de la caballería, dieras por cierto que este mancebillo tendrá trono que ocupar y pueblo que regir, por obra de esta mi buena espada. — Ofrecida sea al diablo la gana que tengo de cargar con este avechicho, Sr. D. Quijote. — Cuando yo tengo por príncipe á este ser tan bello como desvalido, respondió el caballero, has de hablar de él con respeto, so pena de incurrir en delito de lesa majestad. ¿Qué hubiera sido del mayor de los profetas, si en vez de la doncella caritativa que le salvó del agua, se hallasen por ahí un corazón bronco y un juicio huero como los tuyos? ¿Y Pelayo, el gran Pelayo, no fué asimismo expuesto á la corriente del Tajo y depositado en la orilla del río que obedecía los decretos de la Providencia? Mira cuántos y cuán grandes males, sin una mano benéfica que le salvase y un hombre discreto que le criase. Los moros dueños de España para siempre, la fe de Jesucristo perdida en ella, la noble raza de Alarico sujeta á la cimitarra. — Juro á Dios por esta cruz, dijo Sancho, que si este rapazuelo está para evitar esas calamidades, yo he de ser su tu-

tor y padre, y le he de mantener como á mi hijo propio, aun cuando me salga un tarambana, pues yo sé el refrán que dice: «A padre ganador, hijo despendedor;» y no se me olvida que «á padre santo, hijo diablo.» — Si á refranes va, replicó D. Quijote, el que haría al caso sería el que dice: «de padre cojo, hijo ronco.» Pero no das en el clavo; esos males están remediados é impedidos para en lo adelante; ni se trata de que este niño sea Pelayo, sino uno que está destinado quizás para mayores cosas. D. Amadís de Gaula, dime, D. Amadís de Gaula, ¿cómo piensas que salió á buen puesto, y vivió para ser el espejo de la caballería? ¿Y el niño Esplandián, hijo de este buen Amadís y la sin par Oriana, no fué asimismo echado al mar, porque su madre no padeciese en su fama? Angeloro, fruto ilegítimo de Medoro y Angélica la bella, que vino á ser soberano del Catay, debió la vida y el cetro al sabio Proserpido, habiendo aportado la cuna de ese emperador en cierce en la isla de este solitario. Alza el niño, Sancho, y vente tras mí. El buen obrar trae consigo mismo la recompensa, aun cuando no se sigan efectos más notorios. — Si hay aquí gato encerrado, dijo Sancho, yo he de ser, como de costumbre, el que lo lleve al agua.» D. Quijote estaba ya muy adelante, y no oyó las razones de su escudero, el cual hubo de seguir con el hallazgo á cuestas, esperando la segunda parte de la aventura, que de ordinario suele verificarse sobre sus costillas.



CAPITULO II

DEL ENCUENTRO QUE DON QUIJOTE DE LA MANCHA TUVO
CON URGANDA LA DESCONOCIDA

Una columna de humo que salía de un arbolado los guió á la mansión campestre que daba esa señal doméstica tan grata para rendidos caminantes. Apeóse D. Quijote, y como á nadie viese, dijo á Sancho: «Mira si descubres por ahí algún ser viviente con quien podamos averiguarnos. El humo es claro indicio de la presencia humana, y el fuego el más fiel y consolador amigo del hombre. — No veo animales ni aves caseras, respondió Sancho; y no hay choza sin gallinas, ni gente honrada que no tenga su vaca, ó por lo menos su cerdo en el patio. Esta es guarida de ladrones, ó soy mal zahorí. De más buena gana ando yo por caminos reales, donde los peligros no son tan eminentes, y adonde la Santa Hermandad puede acudir á tiempo. Conviene, Sr. D. Quijote, que nos vuélvamos sin tocar al avispero. Guárdate, dice el Señor. — El miedo y la ignorancia, respondió el hidalgo, son los toques principales de tu carácter. Si algún peligro hubiese, podría él ser inminente. Eminentes son los príncipes de la Iglesia. Y quieres que nos vuélvamos: sé tú más buen cristiano, y querrás cuando más que nos volvamos. ¿Qué temes, apocada criatura? ¿Por qué lloras, niño septenario? ¿Qué es lo que te hace temblar, mujer sin resolución?

Niña sois, pulceta tierna;
Tu edad, de quince no pasa;

pero yo te haré pasar por las llamas infernales si fuere necesario. ¿No ves que con tu eterna pusilanimidad me pierdes el respeto, dando á entender que no tienes entera fe en la eficacia de mi protección? Si te asaltan bandoleros, si te aporrean venteros, no es nada: aquí está D. Quijote para seguirlos, cogerlos y escarmentarlos. — El cielo pague tan buenas intenciones, replicó Sancho; mas cuando veo que ellas nada valén contra estacas de yangüeses, no puedo renunciar del todo á la prudencia. Can de buena raza, siempre ha mientes del pan y de la... manta. — La prudencia suele servir de máscara á la cobardía, dijo Don Quijote, y las previsiones extremadas son diligencias del miedo las más veces. Ni espectros ves, ni oyes alaridos, ni hay cosa que justifique tu desmayo. — Ni espectros vi, ni oí alaridos en el val de las estacas, señor, y con todo, no saqué muy sano el cuerpo. — Cuando eso te quiere suceder, volvió á decir D. Quijote, ¿por qué no te defiendes como bueno? ¿Parécete mejor andar enfermándome los oídos con tus lamentaciones, que arrostrar al enemigo, y vencerle ó sucumbir con gloria?»

En estas razones estaban caballero y escudero, cuando salió de por ahí una vejezuela, apoyada en un bordón que la sostenía á duras penas. Un siglo en piel y huesos, cien años comprimidos y reunidos en escaso volumen, tal era el objeto que se ofrecía á la vista de los aventureros, quienes no las tuvieron todas consigo en presencia de ese ente vaporoso. Ni se vió jamás cara más arrugada, amoratada y desfigurada; ojos más chiquitos, hundidos, amortiguados y nublados; cuerpo más seco, trémulo y enclenque; paso más inarmónico, débil é inseguro que los del espectro que allí se les venía acercando. Las manos eran flacas, los dedos nudosos, la cabeza sin pelo, sino tal cual mechón ceniciento por la nuca; los labios, negros, flojos y caídos; el cuello, cuatro cuerdas; el pecho, teatro de amor y voluptuosidades ahora ha ochenta años, causaba horror. Si persona humana, era

esa la burla que el viejo hechicero llamado Tiempo hace del hombre transmutándole en un ser de naturaleza extraña, en el cual no caben hermosura ni felicidad. Esos ojos que hielan el corazón fueron ojos de ángel enamorado; la boca purpurina, nido de dulces sonrisas, es hoy puerta de la sepultura; la convexidad rubicunda de sus mejillas, los declivos suaves, primorosos de su seno, son cavernas; la mano, blanca, lisa, es un horrible garfio. Ese ente feo, horripilante, fué mujer hermosa, amó é infundió amor. El hombre que se extralimita en los términos comunes de la existencia humana, sale del mundo, en cierto modo, sin dar en la eternidad, y se queda entre la vida y la muerte, causando en los demás un respeto que hasta se parece al miedo. El que llega á los cien años tiene ya sobradas conexiones con la tumba, es un aparecido, y no se le puede mirar sin el terror secreto con que contemplamos el Genio del sepulcro revestido de fuerzas humanas.

La vejezuela tenía los ojos clavados en el niño, mientras Sancho Panza no podía ya con la angustia de su pecho, dando al demonio la adquisición de esa prenda. «No habrá sino entregarlo como está, Sr. D. Quijote, dijo: sano le hallé, sano le traigo, y cuéntenle los pañales. — He de ser muy hábil y mañero para que yo haga carrera contigo, respondió D. Quijote; y acomodando las circunstancias á su locura, le habló pasito de este modo: «Esta es, hijo Sancho, una fada ó encantadora que quiere probarme. La sabia Belonia miraba por D. Belianís de Grecia; Hipermea protegió á D. Olivante de Laura; la fada Morgaina y la dueña Fondovalle á Florambel de Lucea...» Aquí estaba de sus divagaciones D. Quijote, cuando llegó corriendo una mujer exasperada, se tiró sobre el parvulito, y arrancándolo de los brazos del escudero, se puso á devorarlo á besos. «Hermosa señora, dijo D. Quijote, vos sois, sin duda, la madre de este niño: D. Quijote de la Mancha ha tomado por suya la cuita de vuestra grandeza, y promete no envainar la espada sino después del más completo desagravio que á princesa hizo jamás ningún andante caballero.» La angustiada madre empezó

á requerir con la vista los alrededores, cosa de malísimo agüero para Sancho, quien no perdió tiempo de alegar en su defensa: «Mirad, hermana, que yo no quito hijos á nadie, pues los tengo propios; ni robo gente, porque no la he menester. Hallamos solo y abandonado á este mamoncito, y le he cogido en mis brazos como obra de caridad. En honradez yo sé quién soy, y mi señor D. Quijote que no me dejará mentir.» Serenada la pobre mujer con este discurso, preguntó á los viajeros el motivo de encontrarse por lugar tan solitario.

«El caballo iba cansado
De por las breñas saltare:
El marqués muy enojado
Las riendas le fué á soltare.
Por do el caballo quería
Le dejaba caminar,»

respondió D. Quijote, aludiendo á la costumbre de los aventureros de dejarse llevar por sus caballos. «¡*Deo gratias!*», dijo uno como gigante, presentándose allí con una hacha al brazo; ¿quiénes son estos hombres? — ¿Hombres decís?, respondió D. Quijote; ¿hombres y nada más? — ¡Arre allá, diablo!, repuso el gañán; ¿qué buscarán éstos por aquí? Si esta choza acomoda, serán voacedes servidos con el queso de mis cabras y con una zalea para dormir. Hombres somos todos, y ojalá fuéramos hermanos.» Subyugado por tan buenas expresiones, mandó el caballero poner las bestias al pasto de la verde grama, teniendo en cuenta no quitar á Rocinante sino el freno, según es de uso y costumbre en las aventuras. Como el diligente escudero andaba en este afán, se le llegó su amo y le dijo con cierta cautela: «¿Pueden rodar las cosas por su pendiente natural, cuando en ellas anda metida una mágica tan entruchona como Urganda? No dudes en tener por tal á esa viejecilla. Tú vas á verlo: envuelta en una nube se nos va por los aires cuando menos acordemos, ó desaparece convertida en fiera sierpe. ¿Quién sabe si este no es un castillo encantado, y aquel jayán el mago Al-

quife, marido de la dicha Urganda? Diligencia no he de omitir para desentrañar la verdad; y cuando todo saliere fallido, mi espada no faltará. Aunque es cosa de ver despacio si no me estuviera mejor deshacer el encanto con arte y maña, valiéndome de un anillo prodigioso, el de Gigés, verbigracia, del cual se sirvió Bradamante en un caso tan peliagudo como éste. Bien es que para ello me habré de disfrazar de mujer, y me hará muy al caso llamarme Daraya ó Garaya, á imitación del príncipe Agesilao. — Tan castillo encantado es este como el de Juan Palomeque, respondió Sancho. Venga ese queso aunque sea de cabra, que en año malo la paja es grano; y donde nada nos deben, buenos son cinco dineros. En lo de Urganda no me entremeto: vuesa merced puede tener razón, y yo mismo estoy en un tris de tener por bruja á esa vieja. — ¿Y donde hay bruja no habrá magia?, replicó D. Quijote; ¿y donde hay magia no habrá encanto?, ¿y dónde hay encanto no habrá príncipes y princesas? Ven acá, bobillo, ¿te juzgas más perito que tu señor en esto de las aventuras? Espera y verás lo que es bueno.»



CAPITULO III

DE LA MANERA CÓMO DON QUIJOTE DE LA MANCHA HIZO SUYA
UNA AVENTURA DE OTRO FAMOSO CABALLERO

No era muy claro el estilo caballeresco para esa buena gente, y estaba entre admirando á huésped tan singular y recelándose de sus armas. La hacendosa campesina no había por esto dejado de entender en la bucólica, y un puchero humeante era el testimonio de su diligencia. El alma se le iba á Sancho tras aquel humillo: hubiera querido verse ya mano á mano con la cazuela, aun cuando ella no prometiera tanto como las bodas de Camacho. Pero no hay manjar como la buena disposición, y el hambre adereza maravillosamente hasta las cosas humildes: ella es la mejor cocinera del mundo; todo lo da lampreado y á poquísima costa. Dichosos los pobres si tienen qué comer, porque comen con hambre. La salud y el trabajo tienden la mesa, bien como la conciencia limpia y la tranquilidad hacen la cama: el hombre de bien, trabajador, se sienta á la una, se acuesta en la otra, y come y duerme de manera de causar envidia á los potentados. La pobreza tiene privilegios que la riqueza comprara á toda costa si los pudiera comprar; mientras que la riqueza padece incomodidades contra las cuales nada pueden onzas de oro. ¿Cuánto no daría un magnate por un buen estómago? El pobre nunca lo tiene malo, porque la escasez y moderación le sirven de tónico, y el pan que Dios le da es sencillo, fácil de